

sobre el acto mismo del conocer. Por eso comienza aquí, y de un modo tan vivo que es su verdadero alumbramiento, la oposición dialéctica entre «conocer» y «saber», sobre la que se concentrará en seguida el interés del poeta. Sin más comentarios por ahora, y sólo para que queden tensos los hilos de nuestra exposición, aísló dos de esos momentos de *En un vasto dominio*, realmente alborales de la ya específica preocupación gnoseológica actual del autor. Uno de ellos ocurre en el poema «Amarga boca», cuando ésta es presentada así, a base del juego antinómico entre ambas acciones: *Boca que acaso supo / y conoció, o no sabe / porque no conocer es saber último* (I, 827). Y el titulado «Tabla y mano» nos da un *close-up* de ésta, la mano, cuando palpa y recorre la madera de una mesa. Dice de la mano: *Y su materia reúne / lo que es, y toca y sabe, aunque siga ignorándolo* (I, 853). Y es así cómo la segunda gran etapa de Aleixandre, que emergió con la aceptación humilde del reconocimiento (del conocimiento propio a través del encuentro con el otro), concluyó atraída por la tentación bíblica que empuja a la fruta prohibida del conocimiento en sí, a paladear su brillo fascinante, pero cegador. No es de extrañar que los resultados lleven algo, o mucho, del castigo esperable para esta por otra parte tan humana soberbia. Y ya estamos a las puertas del final de esa aventura: un final en el que sólo se escuchará la más impenetrable pero a la vez la más proveedora de las voces.

#### CONOCIMIENTO: URGENCIA, ESCEPTICISMO, RELATIVIDAD

Indagar en la urgencia del conocimiento, en la posibilidad de su adquisición y en la validez de sus conquistas es, como se ha anunciado, el substrato de los dos últimos libros de Aleixandre: *Poemas de la consumación* (1968) y *Diálogos del conocimiento* (1974): los dos tiempos sucesivos de un mismo movimiento poético-intelectivo que, por debajo de sus particulares concreciones temáticas, puede por definición calificarse de epistemológico y metafísico. En su armazón argumental, el primero de ellos, *Poemas de la consumación*, está vertebrado en torno a un tema central, la exaltación y elegía de la juventud: exaltación porque esa juventud resulta proclamada como la única realidad valiosa dentro del vértigo voraz de la existencia; elegía, porque tal proclamación se emite desde la vejez del poeta —tiene éste ya setenta años cuando los publica— y sabe y reconoce como perdida aquella misma riqueza de que también él gozó un día. De un modo casi paradigmático, el poema «Los jóvenes y los viejos» expande imaginativamente esta oposición, y por necesario interés

ilustrativo se reproduce aquí la estrofa final de esa composición. Y obsérvese cómo la juventud es concebida bajo imágenes de energía, pujanza y brillantez (también de inconsciencia) que sugieren un arrebatado movimiento cuesta arriba; a la vejez, en cambio, sólo le caben la serena contemplación, la estabilidad del lento andar y una ilusoria fijeza. Dice esa estrofa:

*Es el verdor primero de la estación temprana.  
Un río juvenil, más bien niñez de un manantial cercano,  
y el verdor incipiente: robles tiernos,  
bosque hacia el puerto en ascensión ligera.  
Ligerísima. Mas no van ya los viejos a su ritmo.  
Y allí los jóvenes que se adelantan pasan  
sin ver, y siguen, sin mirarlos.  
Los ancianos los miran. Son estables  
éstos, los que al extremo de la vida,  
en el borde del fin, quedan suspensos,  
sin caer, cual por siempre.  
Mientras las juveniles sombras pasan, ellos sí, consumibles,  
inestables,  
urgidos de la sed que un soplo sacia (II, 34).*

Pero ese tema, objetivo y universal en su formulación y en tantas piezas del libro, va imbricado al examen del propio vivir del poeta, quien repasa su existencia desde la altura de su edad. Es el libro acaso más lírico del autor, por ello también el más introspectivo; y su pudoroso ademán se resuelve en algo insólito para un poeta de generoso estro, no exento en ocasiones de un cierto énfasis verbal. Y es que aquí llega Aleixandre a un punto extremo de máxima economía expresiva: el poema se abrevia en longitud, el verso se aprieta, la palabra se condensa y ajusta. La dicción se hace incluso sentenciosa y los aforismos («falsos aforismos» los llama con razón Pere Gimferrer, y ya quedará claro después por qué) se acumulan y precipitan en turbulento alud, como sucedáneo en la letra de la inquietud que por lo hondo aguija al espíritu.

Y es que la pregunta capital que cobra cuerpo en estos poemas y que prepara la que, ya dispuesta a relativizarse en sus respuestas, aparecerá de nuevo en *Diálogos del conocimiento*, es de la más afilada incisividad y podría recibirse así: ¿basta el pensamiento puro, lo existente bajo la forma solipsista de criatura meramente pensada? Este es, a mi juicio, el *subtexto* verdadero, axial y agónico de *Poemas de la consumación*. Los «asuntos» poemáticos, con frecuencia reiterativos entre sí, nos darán sus adecuados y matizados *pretextos*. Y la palabra en vilo —la caída ininterrumpida de los tantos aforismos mencionados, las violentas y voluntarias contradicciones, el ceñidí-

simo lenguaje despojado en puro hueso y puro nervio—va tejiendo el *texto* real del libro, que en consecuencia resulta lo más distante de un discurso cerrado, unívoco y de perfiles conclusos (a pesar de la delimitación perfecta de cada uno de los poemas). La gran hazaña de Aleixandre en este volumen, al combinar, sin embargo, tantas composiciones aisladamente terminadas en sí (y lo mismo puede decirse de *Diálogos del conocimiento*), ha sido la de hilvanar una gran escritura abierta, multívoca, devorándose insaciablemente a sí misma e inflexiblemente disparada hacia el único espacio donde su atomizado mensaje podría encontrar su justa resonancia: el silencio, del cual cada poema y cada verso son como sus ecos, imperturbablemente deshaciéndose, pero también *hablándonos* fielmente. Y ya a esto, desde un principio sólo sugerido, habremos de llegar.

La contestación a la pregunta líneas arriba adelantada (*¿Basta el pensamiento puro...?*) es a un tiempo dual en *Poemas de la consumación*, como lo ha sido en la cultura filosófica de Occidente. Desde el punto de vista existencial no basta. *El pensamiento sólo no es visible* («Quien fue», II, 54), se nos dice una vez. Y en otra: *La luz pensada engaña* («El límite», II, 88), a la par que en el mismo poema se afirma que *los brillos temporales ponen / color, verdad*—con lo que esto último implica de afirmación de la vida y los sentidos, cualesquiera que sean sus formas de mentir—. Pero en otros momentos se imponen como pesaras estas mentiras de la aparental realidad; y entonces el poeta, angustiado por ellas, parecería reclamar y aun exaltar la bondad absoluta de esa otra categoría del pensamiento puro y, ya aquí desde un ángulo metafísico, poder incluso defenderla como la única belleza verdadera y posible. En el poema «Los jóvenes» se leen estos versos:

*La luz  
sigue feliz, ah, no tocada  
pues  
quien no nació no mancha. Todo luces,  
creídos: oh pensamiento immaculado.  
Bellos, como el intacto pensamiento solo* (II, 57).

Esta dualidad radical entre el esplendor del pensamiento nítido y la engañosa pero nutricia verdad de los sentidos, hacia uno y otro de cuyos extremos parece oscilar el poeta, es la polaridad resumidora de tantas formas de contradicción como aquí se adensan. Hay que destacar, no obstante, que antes de que las opuestas proposiciones comiencen a tejer su vivaz contrapunto (y su anulación mutua, como en seguida se dirá), cada una de ellas resulta asentida en particular por el lector; y es que en su aislada recepción, todas rezuman

verdades inmediatas (y parciales) de la existencia. Aleixandre dice en un solo verso: *La criatura pensada existe. Mas no basta* («Quien fue»); haciendo que en la interacción de sus dos segmentos, la sentencia total inicie un movimiento de exclusión en sí misma. Mas es cierto que «lo pensado» existe; también lo es que no basta. (Y podría aducir otros casos de oposición mucho más extremos en estos poemas —algunos se verán después—, pero me valgo de estos ejemplos ahora por moverse sobre las mismas intuiciones contenidas en las instancias recién comentadas.) Ocurre sencillamente que el poeta se complace en hacer entrar en juego a la vez esas dos perspectivas indicadas —la metafísica y la existencial—, acercándolas con tan corpórea proximidad que muy pronto confluyen en lo que no puede tolerarse, sino como abierta contradicción.

Y estas contradicciones acabarán por anublar u oscurecer el sentido mismo de aquello cuyo esclarecimiento pareciera estarse intentando. Como uno de los recursos para tal sugestión, Aleixandre vuelve a echar mano ahora de su característica o identificativa; es decir, la conjunción o no usada para denotar exclusión, alternativa o disyunción, sino para igualar o establecer una correspondencia. La misma o que regía, por ejemplo, y ya desde su título global, *La destrucción o el amor*; sólo que allí equiparaba por lo general nociones de índole cósmica, contribuyendo a reafirmar la impresión de aquella anhelada unidad amorosa del mundo (y del ser en el mundo). Ahora, en cambio, trátase de colocar en un mismo nivel, axiológico y cognoscitivo, conceptualizaciones existenciales frenéticamente opuestas, con lo cual vendrá, en una inmediata aprehensión racional, a insinuar una tenebrosísima insustancialidad de lo real. Un verso de «*El pasado: Villa Pura*», de estos *Poemas*, sostiene: *todo persiste, o muerto* (II, 41), borrando así la distinción, que la razón exigiría, entre continuidad y extinción. Más sistemático es su uso en el poema «Cercano a la muerte», donde cada vez que empezamos a apresar una verdad positiva se nos viene encima una palabra o frase de sentido diametralmente contrario, introducida por esa o feroz destinada a aniquilar el asomo de realidad incoado en la truncada cláusula anterior. Este es un fragmento ejemplar al respecto:

*No es la tristeza lo que la vida arrumba  
o acerca, cuando los pasos muchos son, y duran.  
Allá el monte, aquí la vidriada ciudad  
o es un reflejo de ese sol larguísimo  
que urde respuestas  
a distancia  
para los labios que, viviendo, viven  
o recuerdan.*